

que allí donde pones el ojo pones la flecha. ¿Es verdad?

WALTHER.

Sí, señor; mi padre traspasa una manzana á cien pasos de distancia.

GESSLER.

¿Ese niño es hijo tuyo, Tell?

TELL.

Sí, señor.

GESSLER.

¿Y tienes más?

TELL.

Dos, señor.

GESSLER.

¿A cuál prefieres?

TELL.

Señor, los amo igualmente á entrambos.

GESSLER.

Está bien, y puesto que tanta es tu destreza que

abates á cien pasos una manzana, necesario es que luzcas tu habilidad delante de mí. Toma tu ballesta, precisamente la tienes en la mano, y traspasa una manzana puesta sobre la cabeza de tu hijo; pero te advierto que apuntes bien y que aciertes al primer disparo, porque si no, pagarás tu torpeza con la vida.

TELL.

¿Que mandato, señor, el vuestro! ¿Cómo es posible que un padre lo cumpla!

GESSLER.

Convenientemente colocada una manzana sobre la cabeza de tu hijo, apunta con una flecha y la disparas para traspasarla... ¡Esto digo y esto mando!

TELL.

¡Apuntar yo á la cabeza de mi hijo!... ¡Antes morir que hacerlo!

GESSLER.

O lo haces, ó mueres juntamente con tu hijo.

TELL.

¡Matar yo al hijo de mi alma!... ¡Señor! ¡si fuerais padre, comprenderiais cuánto sufro con oiros!

GESSLER.

Estoy admirado de la trasformacion que se ha verificado en tí en un instante. Hace poco tan bizarro, tan aventurero, tan animoso y tan soñador, que cuantos te conocian te declaraban por el más extraordinario de los hombres; y ahora tan prudente, y tan apocado y circunspecto como el más vulgar de los nacidos. Fiado en tu fama te designé para esta empresa. No hay más dudar: decide tú mismo en el acto y prepara tu ballesta, ó muere con tu hijo.

BERTA.

Señor Bailío: esas pobres gentes toman vuestras palabras al pié de la letra, y persuadidas de que hablais en serio están trémulas de terror. Dad tregua, pues, á las burlas.

GESSLER.

¿Quién os ha dicho que no hablo formalmente? (Se dirige á un árbel y coge una manzana.) Hé aquí la manzana. Sólo falta que Tell mida la distancia, que no ha de ser menor de ochenta pasos, puesto que se jacta de hacer blanco á ciento. Y ahora, que tire y que no márre.

RODOLFO.

Esto va de véras, y es fuerza evitar una desgracia. Niño, ponte de rodillas é implora tu perdon del señor Bailío.

WALTER FURST.

(A MELCHTHAL, que ya no puede contenerse.)

No hagas ni digas nada, por Dios

BERTA. (Dirigiéndose al Bailío.)

Basta ya, señor; que no es humano atormentar así el corazón de un padre. Aun cuando ese desgraciado hubiera merecido la muerte, lo que ahora está sufriendo es suplicio más terrible. Dejadlo volver libre á su cabaña; que harto castigado está, y harto padece ahora para que pueda olvidarlo.

GESSLER. (A TELL.)

¿Qué te detiene? Has merecido morir; puedo quitarte la vida; en mi clemencia te hago árbitro de su suerte, y aún vacilas, como si el criminal con quien se procede así tuviera derecho á dudar ni á creer rigurosa la sentencia. Siempre cifraste tu orgullo en lo certero de tu puntería. Pues bien, ó mentiste ántes, ó ahora tu temor carece de fundamento. La empresa, despues de todo, es digna de tu fama, y el premio digno de la empresa; porque si acertar en el blanco es cosa que hacen muchos, traspasando con tu flecha el que propongo, demostrarás tu pericia, calma y superioridad sobre todos los ballesteros.

WALTER FURST. (Arrojándose á los piés de GESSLER.)

Señor: puesto que tan inmenso es vuestro poder, preferid á la justicia la clemencia: tomad cuanto

poseo; pero no pongais á un padre en ese trance

WALTHER.

Levantaos; no pidais gracia ni favor á ese malvado. Yo nada temo; decidme dónde habré de colocarme; que mi padre que mata pajarillos al vuelo bien acertará con el blanco ahora.

STAUFFACHER.

¿No logra conmoveos la inocencia de ese niño?

EL CURA.

Acordaos de que hay un Dios en el cielo á quien daremos cuenta de nuestras acciones en la tierra.

GESSLER. (Señalando al niño.)

Que lo aten á ese tilo.

WALTHER.

No quiero que me aten, ni lo necesito. Suelto, estaré quieto y tranquilo y hasta sin respirar: pero si me sujetan, no, porque haré cuanto pueda por romper mis ligaduras.

RODOLFO.

Deja que te venden los ojos, hijo mio.

WALTHER.

Tampoco! ¿Acaso creéis que tema las flechas de

mi padre? Al contrario, las esperaré tranquilo y sin pestañear siquiera. Vamos, padre, dispara tu ballesta y demuestra que tiras bien. Ese hombre no lo cree y se imagina que con esto nos pierde á los dos. Pues bien, tira y traspasa la manzana.

(Se dirige al tilo, y le colocan la manzana en la cabeza.)

MELCHTHAL. (A sus compañeros.)

¡Habremos de ser testigos inmóviles de un crimen? Entónces, ¿para qué prestamos juramento?

STAUFFACHER.

Calla: cuánto hagamos será inútil. Estamos desarmados, y en cambio, ¡mira ese bosque de lanzas que nos rodea!

MELCHTHAL.

¿No sucedería esto si hubiéramos cumplido con nuestro deber ántes de ahora! ¡Dios perdone á los que aconsejaron las dilaciones!

GESSLER. (A TELL.)

¡Manos á la obra y no perdamos tiempo! que no se llevan armas impunemente, pues los instrumentos de muerte suelen volverse contra quien los maneja. Tiempo ha que los villanos se atribuyen el derecho de usarlas, y esto infiere agravio al señor. Las armas son atributo de mando. Entiéndanlo todos bien. Pero ya que os place traer arcos y flechas, yo enseñaré á cada cual el empleo que ha de darles.

TELL. (Prepara la flecha.)

¡Apartaos!

STAUFFACHER.

¡Cómo! ¿es posible! ¡Nunca! ¡ninguno de nosotros lo consentirá! Estais temblando, ¡así sería horrible tirar!

TELL. (Bajando la ballesta.)

¡Mi cabeza se pierde! ¡Los objetos giran alrededor!

LAS MUJERES.

¡Señor Todopoderoso, tened piedad de nosotros!

TELL. (Al Gobernador.)

Mandadme matar, señor Bailío; pero no me obligueis á tirar ahora.

(Se descubre el pecho.)

GESSLER.

Para nada quiero tu vida; sólo quiero que dispares tu ballesta. Es fama que todo lo puedes y que nada te intimida, y que así manejas las armas como el timon de una barca. Siendo esto así, no alcanzo la causa de tu indecision y de tu miedo, tanto ménos, cuanto que habiendo arrojado los mayores peli-

gros por salvar á otros, bien puedes salvarte á tí mismo ahora.

(TELL parece agitado y sin saber qué hacer, con la mirada errante y las manos temblorosas. Un momento despues, y como cediendo á repentina inspiracion, toma otra flecha del carcaj y la oculta bajo el jubon. El Gobernador observa sus movimientos.)

WALTHER

Tira, padre, tira presto, que no tengo miedo.

TELL.

Sea, pues no hay otro remedio.

(Recogiendo sus fuerzas y preparándose á tirar.)

RUDENS. (Que hasta entónces ha estado conteniéndose.)

Señor Bailío, espero que no llevaréis las cosas más adelante... y que os dareis por satisfecho con lo pasado; que harto ha sufrido ya este hombre, y no es bien extremar el rigor, ni prudente tampoco.

GESSLER.

Callad hasta que se os pregunte.

RUDENS.

Hablo y hablaré porque debo hacerlo en honra de S. M.; y no callo ahora, porque vuestra conducta sólo es ocasionada, señor Bailío, á que todos maldigan del Emperador. Además, ¿qué justifica en mis conciudadanos tanta crueldad? ¿Acaso teneis poderes para cometer tales arbitrariedades?

GESSLER.

¡Qué, os atreveis!...

RUDENS.

Harto tiempo he callado, y harto tiempo he vivido siendo mudo testigo de muchas iniquidades, comprimiendo la indignacion que me desbordaba del pecho; pero ya no sería posible callar más tiempo sin hacer traicion á la patria y al honor.

BERTA. (Interponiéndose y hablando á RUDENS.)

¿No veis que así empeorais la causa de vuestro defendido en vez de mejorarla?

RUDENS.

Dejé á mis conciudadanos, renuncié á mi familia y rompí todos los vínculos de la naturaleza para servir á vuestro lado la causa que creí más conveniente á la Suiza; pero acabais de quitarme la venda que cubria mis ojos, y veo con espanto que me hallo al borde de un abismo; que habeis engañado mi corazón y extraviado mi pensamiento, y que con la voluntad y el deseo más noble y puro estaba siendo cómplice del verdugo de mis compatriotas.

GESSLER.

¡Temerario! ¿Cómo eres osado á usar ese lenguaje con tu señor?

RUDENS.

Mi señor no sois vos, sino quien lo es de ambos. Libre soy como vos, y vuestro igual, no vuestro siervo, y si no estuvierais aquí representando al Emperador, á quien respeto, os arrojaria el guante. Y si quereis poner á prueba el temple de mi espada, decid á vuestros soldados que se acerquen á mí.

STAUFFACHER. (Gritando.)

¡Victoria! ¡Tell dió en la manzana.

(Mientras que todos atendian á la querrela del Gobernador y RUDENS, TELL habia lanzado la flecha.)

EL CURA.

¡Y el niño está sano y salvo! ¡Loado sea Dios!

VARIAS VOCES.

¡Bien por Guillermo Tell!

(WALTER FURST á punto de caer desmayado, vacila y BERTA lo sostiene.)

GESSLER. (Sorprendido.)

Pero, ¿cómo ha tirado ese demonio!...

BERTA.

¡El niño vive, ánimo buen Furst!

WALTHER. (Acudiendo con la manzana en la mano.)

Padre mio, hé aquí la manzana. Ya sabía yo que no harías daño á tu hijo.

(Al disparar TELL la flecha la sigue con la vista cual si quisiera darle direccion con los ojos, y deja caer la balleta. Cuando ve adelantarse á su hijo, le sale al encuentro con los brazos abiertos y lo estrecha cariñosamente. La violencia de la emocion lo sobrecoge de tal modo, que ne sin trabajo logra reprimir sus lágrimas. Todos los circunstantes se fijan en él con vivo interes.)

BERTA.

¡Loado sea Dios!

WALTER FURST.

¡Hijos míos!

LEUTHOLDO.

Lo cierto es que ha sido un gran flechazo, y que se hablará de él en la posteridad.

RODOLFO.

Tal creo.

GESSLER. (Mirando la manzana.)

Bien está. El golpe ha sido certero y en medio. Fuerza es confesar que ha sido de mano maestra.

EL CURA.

Certero ha sido en verdad el golpe; pero ¡ay de quien ha tentado á Dios!

STAUFFACHER.

(A TELL que se halla descansando sobre una piedra.)

Levantaos Tell, y reanimaos. Vuestro valor es digno de las mayores alabanzas y podeis volver á vuestra casa en completa libertad.

EL CURA.

Sí, marchad presto, y referid el suceso á vuestra esposa.

(STAUFFACHER y EL CURA lo empujan dulcemente.)

GESSLER (A TELL.)

Oye.

TELL. (Volviéndose.)

¿Qué mandais, señor?

GESSLER.

¿Para qué guardaste una flecha bajo el jubon?

TELL. (Confuso.)

Señor, los cazadores tenemos esa costumbre.

GESSLER.

¡Yo me satisface tu respuesta. Dime la verdad lisa

y llana; que yo, en cambio de tu franqueza, te prometo la vida. ¿Qué te proponías hacer con la segunda flecha?

TELL.

Puesto que me dais palabra de no quitarme la vida, seré franco y os diré la verdad. (Saca la flecha y la enseña mirando con ojos terribles al Gobernador.) Si hubiese tenido la mala suerte de tocar á un cabello siquiera de mi Walther, con esta flecha os habría traspasado el corazón.

GESSLER.

¡Está bien! Te ofrecí bajo la fe de caballero no quitarte la vida por mucho que pudiese agraviarme tu respuesta, y cumpliré mi palabra; pero ya que me has descubierto tus malos designios, quiero que te lleven á donde nunca vuelvas á ver el sol ni la luna. Por lo ménos, allí estaré seguro de tus flechas. (Volviéndose á su séquito.) Prendedlo y atadlo luégo.

(Lo atan.)

STAUFFACHER.

¿Es posible que trateis con tan extremado rigor á un hombre tan visiblemente protegido de Dios?

GESSLER.

Si tanto es su valimiento en el cielo, esperemos que Dios lo protegerá segunda vez. Echadlo en una barca (Volviéndose á los soldados); que yo mismo me propongo llevarlo á Kussnacht.

EL CURA.

El Emperador no sería osado á cometer tamaño desafuero, contrario en todo á nuestras libertades.

GESSLER.

¡Vuestras libertades! ¿Cúyas son? ¿Cuándo las ha confirmado el Emperador? Nunca, y sólo acatando y reverenciando sus mandatos mereceréis tamaña merced, nó mostrándoos rebeldes á la justicia y alentando audaces proyectos de rebelion. Aunque todos sois tan culpados como este hombre, sólo á él mando prender. Sirva de leccion á los demas, y aprendan á callar y obedecer.

(Se aleja. BERTA, RUDENS, RODOLFO y soldados lo siguen. FRIESSHARD y LEUTHOLD se quedan.)

WALTHER FURST. (Dando muestras de profunda pena.)

Se marcha el infame. Diríase que se ha propuesto perderme, juntamente con mi familia.

STAUFFACHER. (A TELL.)

¿Por qué habeis irritado á la fiera?

TELL.

¿Somos acaso dueños de nosotros mismos cuando sentimos dolores tan terribles como los míos?

STAUFFACHER.

Esto es hecho, Tell; con vos quedamos todos esclavos. (Los villanos rodean á TELL.) Con vos perdemos nuestra postrera esperanza.

LEUTHOLD. (Acercándose.)

Tell, te compadezco; pero es fuerza que obedezca.

TELL.

¡Adios!

WALTHER.

(Gritando con desesperacion y abrazándose á TELL.)

¡No, padre mio, no me dejes sin tí!

TELL. (Levantando los brazos al cielo.)

Allí está tu padre.

STAUFFACHER.

¿No teneis nada que decir á vuestra esposa?

TELL. (Besando cariñosamente á su hijo.)

El niño está sano y salvo. Dios me ayudará en adelante como hasta hoy.

(Se aleja y sigue á los agentes del Bailío.)

XVI.

Pero dejemos ya la poesía, y volvámos á la tradicion, poesía de la verdad.

Dueño Gessler de Guillermo Tell, mas temeroso de que al ejemplo de rebeldía dado por éste, se levantaran en armas los villanos y le arrebatasen su prisionero, determinó de trasladarlo aquella misma noche á Kussnacht, fortaleza del Emperador, situada en la cumbre del monte Rigi. Para ir á Kussnacht se hacia necesario atravesar el lago, y Gessler, que no queria fiar á ninguno la custodia del prisionero, á quien reservaba ejemplar castigo, lo embarcó en Fluelen, puertecillo de pescadores asentado en la orilla occidental del lago de los Cuatro Cantones. Los remeros, cuatro soldados y un práctico, tripulaban con él la barca; el preso, fuertemente atado, iba tendido en el fondo entre los bancos. Diéronse á la vela y navegaron con felicidad hasta mediar la distancia que los separaba de la costa; pero una vez allí cubrióse de pardas nubes el cielo y comenzaron las ondas á encreparse agitadas de huracan violento, pareciendo ántes caer á manera de talud que no soplar de las alturas del San Gotardo por la embocadura de la Reuss. Rifó con esto la vela, y en vano timonel y marineros hicieron los mayores esfuerzos para ganar una ensenada que los abrigase al pié del Rigi; porque siempre los rechazaba la cólera de los elementos, de cuya furia fueron juguete aquella noche temerosa.

—«Sólo hay un hombre capaz de salvarnos,—dijeron á una voz los remeros.

—¿Quién es?—respondió Gessler.